

Domingo de Pascua A2020

Quiero comenzar esta homilía con el Salmo 118: 22-24, que dice: “La piedra que los constructores rechazaron se ha convertido en la piedra angular. Por el Señor se ha hecho esto; Es maravilloso a nuestros ojos. Este es el día que ha hecho; regocijémonos y alegrémonos”. ¿Por qué nos regocijamos? ¿Por qué nos alegraremos?

A estas preguntas, solo hay una respuesta: Dios ha hecho algo extraordinario al resucitar a Jesús de la muerte. Nos ha dado esperanza y seguridad de que, sea lo que sea que nos suceda y lo mal que podamos tener con el sufrimiento, nuestro destino está ligado al de Jesucristo.

Nuestra vida nunca terminará simplemente en la tumba para siempre, sino que continuará más allá de nuestra muerte física para encontrar su descanso en el reino celestial. Jesús es el primero que Dios resucitó de los muertos. Está vivo y no muerto. Esto es lo que motivó a los discípulos a salir de su aislamiento y desafiar a las autoridades judías al hablar en el nombre de Jesús ante la multitud de judíos.

Sin embargo, sabemos que cuando Jesús fue arrestado, los discípulos huyeron y se escondieron. De repente salieron y comenzaron a hablar sin miedo. Este cambio de actitud es consecutivo al gran evento de la resurrección de Jesús.

Dios levantó a Jesús de la muerte y le dio el poder de aparecer a sus discípulos. A su vez, Cristo resucitado dio coraje a los discípulos para hablar sobre él y ser sus testigos. Los discípulos son, entonces, testigos no solo de las cosas que sucedieron antes de la muerte de Jesús, sino también de su resurrección de la muerte.

La consecuencia de la resurrección de Jesús es que, aunque vivimos aquí en la tierra, nuestra mirada debe fijarse en el cielo, nuestra patria eterna, donde Cristo está en la gloria del Padre. Como dice San Pablo, tenemos que buscar lo que está arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. De ahora en adelante, nuestras vidas están escondidas con Cristo en Dios. Debido a que nuestro discipulado nos hace uno con Jesús, cuando Cristo aparecerá al final de los tiempos, nosotros nos presentaremos con él en gloria.

El Evangelio de este domingo de Pascua describe lo que sucedió este día. De hecho, cuando María Magdalena y la otra María fueron a la tumba ese sábado, fueron tomadas por sorpresa: "la piedra fue removida de la tumba". El ángel los tranquilizó: el crucificado que están buscando ha sido levantado tal como le dijo. Cuando Jesús se les apareció más tarde, fue para confirmar lo que ya sabían: ha resucitado.

Desde ese momento, los discípulos entendieron que la muerte de Jesús no fue una derrota, sino más bien una victoria de la vida sobre las fuerzas negativas del mal. En este día de la resurrección, todo quedó claro para los discípulos quienes entendieron que la pasión y la muerte de Jesús eran parte del plan de Dios para dar vida al mundo.

Por supuesto, estaba la tristeza del Viernes Santo con sus lágrimas y tristeza, pero era solo una parte de la historia. Toda la historia fue la resurrección. ¿No dijo Jesús mismo el que cree en él no morirá e incluso si muere, vivirá? ¿Realmente podría dejar de aplicar esta misma enseñanza a su propia vida? De ningún modo.

Es por eso que la resurrección de Jesús es el fundamento de nuestra fe. Si Jesús no resucitó de entre los muertos, no habría habido fe en él. Quizás, la gente hubiera estado hablando de él como lo hacemos con algunas figuras importantes de la historia humana. Pero eso hubiera sido solo eso.

La resurrección requiere que tengamos fe en Dios. Solo la fe puede ayudarnos a entender que no hay nada imposible para Dios. Porque nada es imposible para él, puede levantar a alguien de las cenizas y cubrirlo de gloria. La fe de la que estoy hablando no es el conocimiento de las cosas acerca de Dios, sino más bien la confianza en Dios y su palabra. De hecho, la fe en la resurrección implica confianza y esperanza de que incluso en la peor noche oscura, un amanecer es posible.

Así como Jesús se hizo hombre por nuestro bien, también su resurrección por es nuestro bien. Ha resucitado para que compartamos su resurrección. Su resurrección es nuestra resurrección; nos hace participar en la gloria de su resurrección. Su resurrección arroja luz sobre el resultado de nuestra vida. Su resurrección dice que no morimos para permanecer en la tumba para siempre, sino para resucitar y compartir la gloria de la resurrección de Cristo.

Esta es la buena noticia de la Pascua que nos alegra a todos. Nos enseña que, no importa lo que aguantemos en esta vida, Dios nunca nos abandonará. Intervendrá a nuestro favor por su fidelidad. En ese momento, entenderemos que no habríamos corrido en vano. No hubiéramos aceptado tanto sacrificio por nuestra fe en vano. No hubiéramos vivido nuestros compromisos cristianos con tanto coraje, determinación y abnegación por nada.

Es por eso que, aunque estamos rodeados de problemas y enfermedades, aunque el coronavirus nos está golpeando en todas partes, no nos desanimamos. Somos fuertes y queremos luchar hasta el final. El mismo Cristo resucitado nos reta a confiar en él en cada acontecimiento de nuestra vida y a esperar nuestra redención. La resurrección de Jesús nos recuerda que nunca hay un Viernes Santo sin Pascua. La Pascua atestigua la verdad de que nunca seremos abandonados, que nada es irremediable. ¡Felices Pascuas para todos!

Hechos 10: 34a, 37-43; Colosenses 3: 1-4; Mateo 28: 1-10



Fecha de la Homilía: el 12 de Abril, 2020

© 2020 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20200412homilia.pdf